

BOLETIN DE INFORMACION MUNICIPAL

VALENCIA

1967



FOTOS JOSE PENALBA

DOS MILENIOS DE HISTORIA

EL CASTILLO DE SAGUNTO

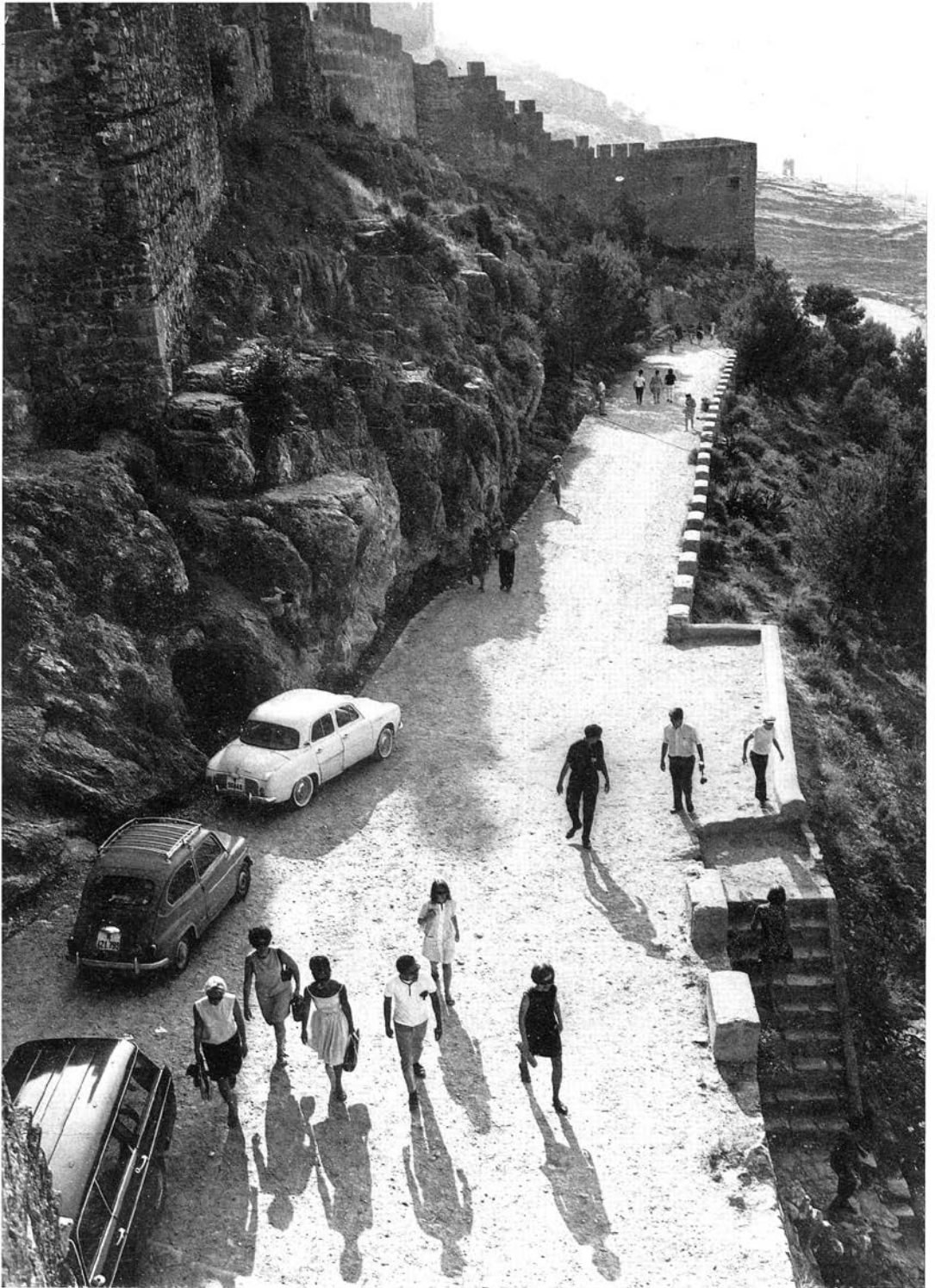
por Santiago BRU Y VIDAL

QUIEN de un modo u otro pretenda hablar de Sagunto, cualquiera que sea la época a la que quiera referirse, ha de tener presente en todo momento el papel que la extensa fortaleza saguntina —verdadera atalaya física, espiritual y temporal— jugó en la historia, desde las etapas iniciales protohistóricas hasta nuestros días. Si Sagunto constituye una verdadera suma de culturas, como en más de una ocasión se ha dicho, el castillo puede afirmarse que es la síntesis y el pináculo material de ese cúmulo de civilizaciones, culturas y razas que tuvieron su asiento más o menos estable en las tierras saguntinas.

La gran extensión de esta monumental fortaleza —casi un kilómetro en sentido longitudinal— y la especial disposición topográfica de la misma, ha hecho que algunos se resistan a encasillarla dentro del término "castillo", pensando tal vez con excesiva exclusividad en el concepto medieval y moderno que del vocablo se tiene. Las pruebas documentales existentes desde el siglo XIII no le dan otro apelativo y los términos *castellum* y *castell* aparecen constantemente en pergaminos y añosos papeles. Con todo, tanto por



Panorámica del teatro romano y de la parte alta del castillo.



Carretera de acceso al castillo de Sagunto. La escalerilla de la derecha conduce a los restos de edificaciones iberorromanas.



su antigüedad como por su extensión y singular conformación, la vieja fortaleza saguntina se halla a menor distancia formal y lingüística del término antiguo *akropolis* que del moderno "castillo".

Como todo conjunto monumental, el castillo de Sagunto puede ser visto y estudiado desde diversos ángulos, entre los que destaca el físico o material —con sus principales características geográficas, topográficas, arqueológicas, artísticas, etc.— y el espiritual, aquel que marca el pulso del hombre y sus actos en el devenir histórico. Ambos puntos de vista nos suministran los más interesantes datos biográficos y, en una conjunción ideal, sirven para mostrar al mundo lo que es y lo que significó Sagunto al correr de los tiempos.

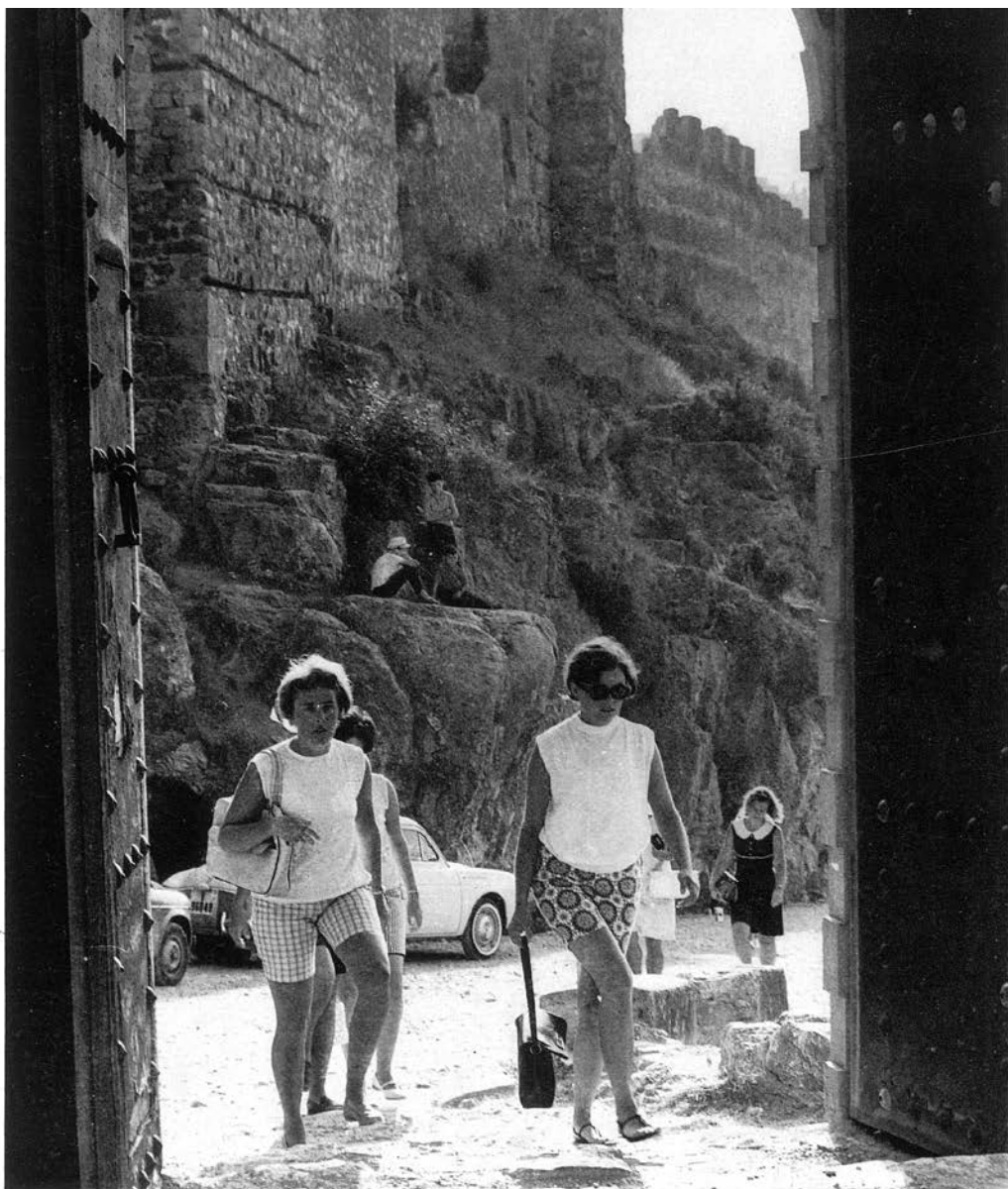
PERFIL FISICO DE LA FORTALEZA

Estudiado topográficamente, el contorno del castillo de Sagunto adopta una forma semejante a una media luna

proyectada de este a oeste sobre el coronamiento de un cerro jurásico, última estribación hacia el mar de la Sierra Calderona, en cuya ladera norte se asienta la actual población aprisionada entre la montaña y el río. Su privilegiada situación estratégica, dominando un importante cruce de rutas —la de norte a sur por la costa y la de penetración hacia las tierras altas del interior— hizo que el castillo fuese considerado siempre como un enclave codiciado por propios y extraños, ya que su inexpugnabilidad lo convertía en pieza de primer orden en las múltiples luchas que tuvieron a nuestra patria por escenario.

Visto de lejos, y desde puntos distintos, el castillo saguntino más parece la unión de varios castillos que uno solo. Y aunque el conjunto siempre fue considerado unitariamente, no faltó autor y hasta documentación más o menos oficial que lo consideró dividido en varios castillos, dando a cada uno una denominación, apelativos que no responden a otro motivo que a los nombres de las diferentes "plazas" o grandes sectores

La modernidad de la puerta de entrada, construida por los años veinte, contrasta con la antigüedad de los contrafuertes de la plaza de Armas.



en que está dividido desde que se tienen noticias escritas del mismo. También con el tiempo hubo variaciones en algunas de estas plazas de la acrópolis saguntina, pues no siempre ha sido idéntico su contorno, aunque la distribución de los mencionados sectores debió ser el mismo o muy aproximado, dados los diferentes niveles y posiciones que ocupan en el conjunto.

Si queremos contemplar los vestigios más antiguos de esta fortaleza, los restos arquitectónicos de traza ibérica de la primitiva *Arse*, primer nombre co-

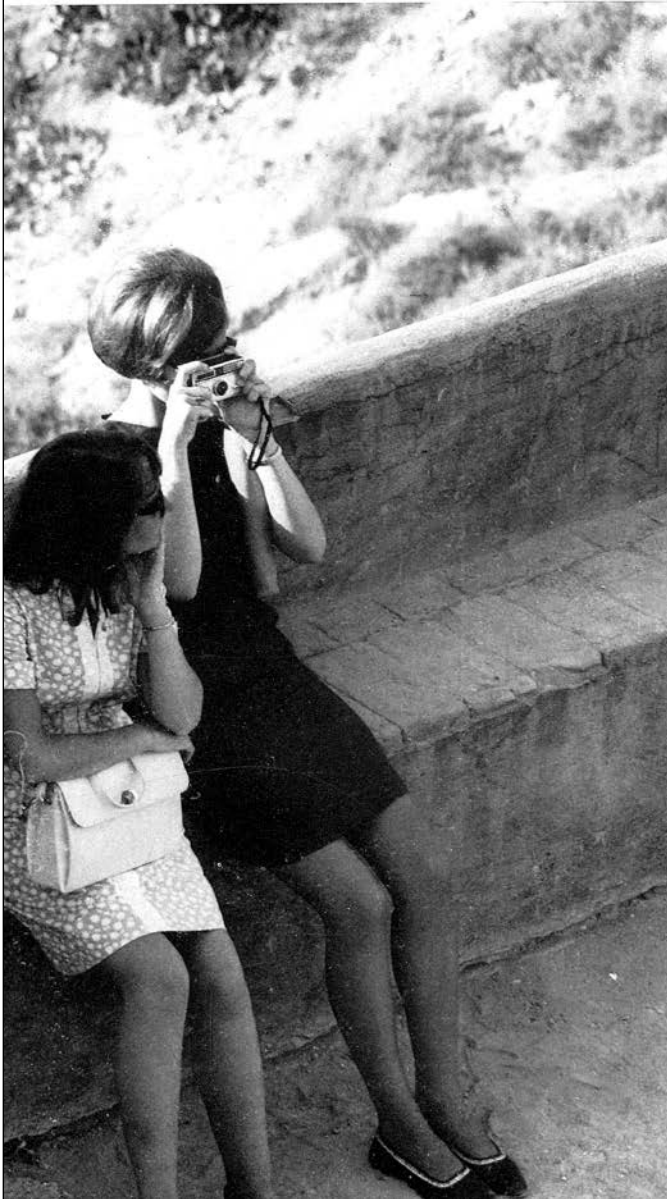
nocido de la ciudad según los testimonios numismáticos, habremos de salir fuera de las murallas existentes en la actualidad, en las vertientes este y sudeste. Allí, unas enormes piedras sin labra, pero ensambladas entre sí con gran acierto, nos muestran el esfuerzo creador de un pueblo ya importante en el siglo III antes de Jesucristo. Y no solamente importante, sino valeroso. Su importancia puede deducirse fácilmente de su posición y de su extensión —esta última fuera de lo ordinario en aquellos tiempos—, así como de los restos

Los turistas componen una exótica nota de color, pero al cruzar la puerta el tiempo parece retroceder.

Una vista de la plaza denominada "La Conillera", con los robustos muros medievales.



Un breve descanso tras la subida. El antiguo foso del castillo se ha convertido hoy en un terrapién, con un banco mirador para el visitante.



hallados; su valor, por la tenaz oposición demostrada entre los años 219-218 antes de J. C. a un poderoso y bien organizado ejército como el cartaginés, dueño de la Península Ibérica en la mencionada época.

Muy próximos a los restos de estos antiguos muros pre-romanos se hallan los actuales, que cierran por el exterior la "plaza" más oriental del castillo. Es la llamada Plaza de Almenara, denominada también *Saluquia* (algunas veces se ve escrito *Celoquia*) por los árabes hasta el siglo XIII; y "de Bassecourt" en los años posteriores a la guerra de la Independencia, en memoria del comandante general que dirigió las obras de fortificación del castillo, artillándolo debidamente en 1811 con el fin de resistir las acometidas de las tropas napoleónicas. La posición avanzada y elevada de esta plaza permitió siempre batir los caminos que confluían junto a los muros de la población, guardando así los accesos hacia Valencia, Cataluña y Aragón, por lo que durante muchos siglos fue el lugar donde se concentró la artillería de la fortaleza. La antigüedad de utilización de este sector viene señalada por la proximidad de los muros ibéricos antes aludidos y los restos *in situ* de pavimentos romanos, aljibes de la misma época, alguna que otra construcción y diferentes elementos arquitectónicos desperdigados por toda su extensión. Las construcciones modernas, al igual que en el resto del área del castillo, no hacen sino corroborar su continuada utilización hasta tiempos recientes.

A la plaza de Almenara se accede por una gran puerta cuyo arco de herradura recuerda formas arábigas, aunque la construcción —o reconstrucción— evoca más los tiempos de los Austrias o de los primeros Borbones. Dicha puerta separa la plaza de Almenara de la llamada Plaza de Armas, recinto que, aparte de ser el más amplio de todos los del castillo, fue en todo momento el núcleo principal del mismo. Como corroboración de lo dicho puede aducirse la gran cantidad de restos de to-

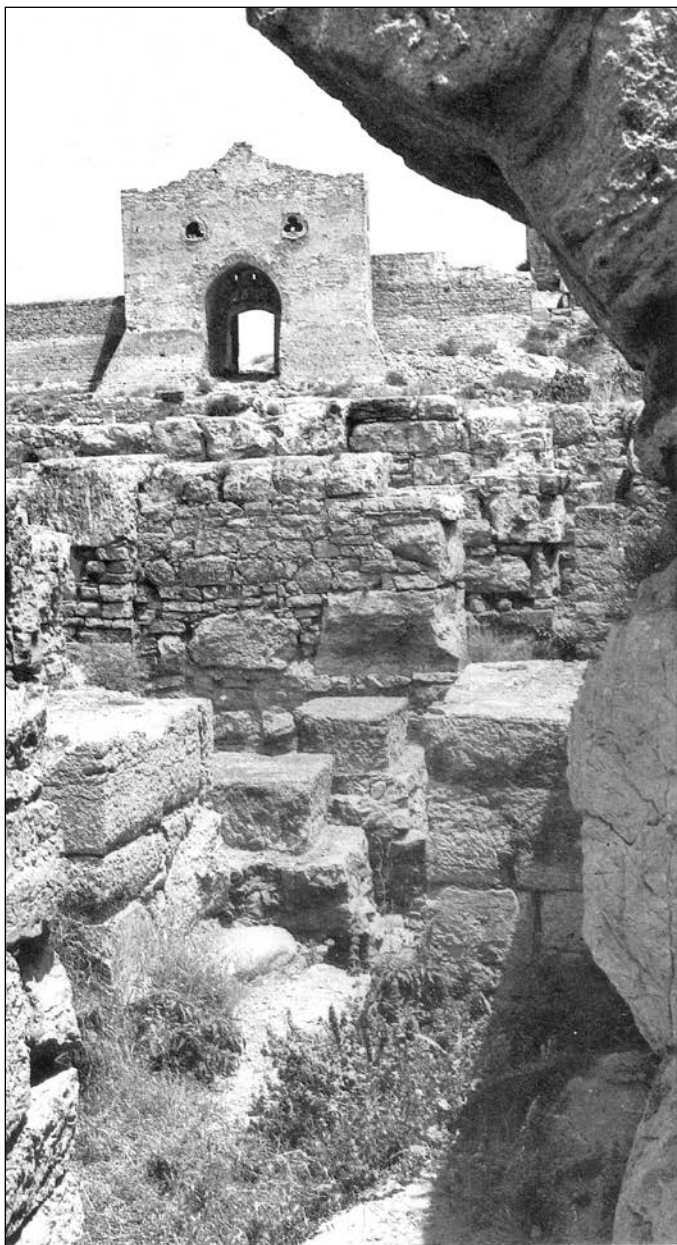
das clases —arquitectónicos, epigráficos y escultóricos, sobre todo— hallados en el subsuelo de esta plaza, en su mayoría de época romana. En ella podemos ver la traza y buena parte de los elementos constitutivos de varios templos, algunos de ellos conocidos desde muy antiguo y otros gracias a las excavaciones realizadas entre los años 1921 y 1932; numerosas cimentaciones de casas iberorromanas y el trazado del primitivo foro del *Saguntum* romanizado (los restos de una monumental inscripción nos recuerdan su reconstrucción en tiempos del Imperio, costeada por un patricio saguntino llamado Cneo Baebio), aparte de una grandísima cisterna de base romana que llamó siempre la atención de cuantos viajeros y estudiosos visitaron Sagunto en las más diversas épocas.

Pero la denominación de plaza de Armas es reciente, como quien dice, pues no va más allá del siglo XVIII. Por estar situada en ella la *casa de l'Alcayt* —cargo que desempeñaron los miembros más destacados de linajudas familias saguntinas durante la época foral— o “del Gobernador” en tiempos más modernos —todavía subsiste parte de la edificación, junto a la cual se construyó por los años veinte el edificio, hoy va-

cío, de un museo—, recibió la plaza ambas denominaciones, aunque la que más persistió fue la de Plaza de Santa María Magdalena por la imagen venerada, hasta finales del siglo XVIII, en una pequeña ermita situada en el centro de la plaza, junto a la casa del alcaide. En la parte de atrás, y a nivel inferior, hay unas lóbregas mazmorras conocidas por *les lleoneres*. No ha faltado autor que, dando una extensión mayor de la que tiene a una de las porciones de esta plaza —el extremo sudoeste, concretamente—, lugar en el que se produce una resonancia especial o eco, denominase a toda la plaza con el nombre de Plaza del Eco, aunque en realidad tal eco —/eco, para expresar el topónimo en su verdadera grafía valenciana— solamente se aprecie en la parte señalada. Aquí, viejos muros que circuyen el lugar, la oquedad de una arruinada cisterna romana y las abovedadas construcciones modernas del flanco oriental provocan el singular fenómeno acústico que tanto choca a quienes lo advierten.

Las grandes murallas que cierran las dos plazas citadas hasta aquí, es decir, la de Almenara y la de Armas, en todo su trazado septentrional, sirvieron antiguamente de límite o separación con





Entre las robustas cimentaciones queda más o menos en pie la entrada de alguna mansión. Al fondo, vigilante, la puerta de Almenara.

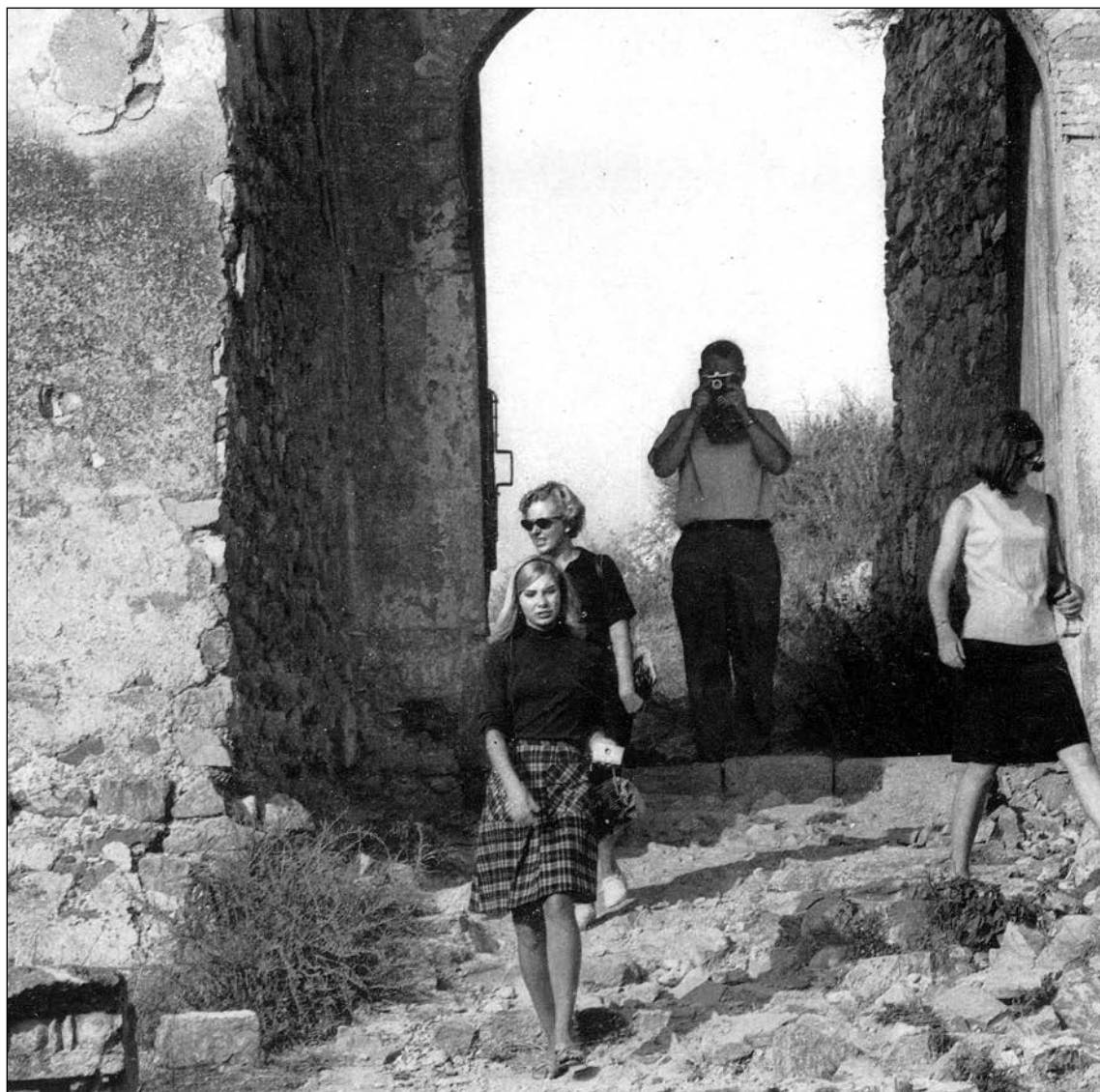
Junto a la puerta del castillo, las excavaciones practicadas de 1920 a 1932 dejaron al descubierto edificaciones de época romana.

Los cimientos del peristilo de un gran templo, uno de tantos que embellecieron el "fórum" de la vieja acrópolis.

otra situada a nivel inferior que formó el *Albacar* de los árabes, nombre y recinto que perduraron hasta la época de los primeros Borbones. Actualmente, este "albacar" o recinto más bajo de la fortaleza ha perdido la mayor parte de su trazado antiguo y solamente la parte occidental del mismo subsiste como tal plaza. Recibe ésta el nombre de *La Conillera*, denominación que recuerda la cría en la misma de conejos y otros animales destinados a la intendencia del castillo. También ha recibido el nombre, en otras épocas, de *Plaça de la sisterna dels nou pilars*, por aludir a un gran aljibe existente en el ángulo que mira al norte. El resto del antiguo albacar queda hoy fuera de las murallas y el lugar lleva el nombre de *Els tres castelletes*; en su extensa superficie son perfectamente visibles no sólo los restos de las murallas medievales que lo circunvalaban, sino los de otras más antiguas, de factura romana, que corren paralelas en cierto modo a las que subsistieron hasta el siglo XVIII. Desde el extremo oriental de esta plaza bajaban, dibujando diversos zig-zags, las murallas que cerraban la población hasta tiempos modernos.

A la actual plaza de *La Conillera* se entra por un pequeño acceso practicado en la parte nordoriental de la plaza

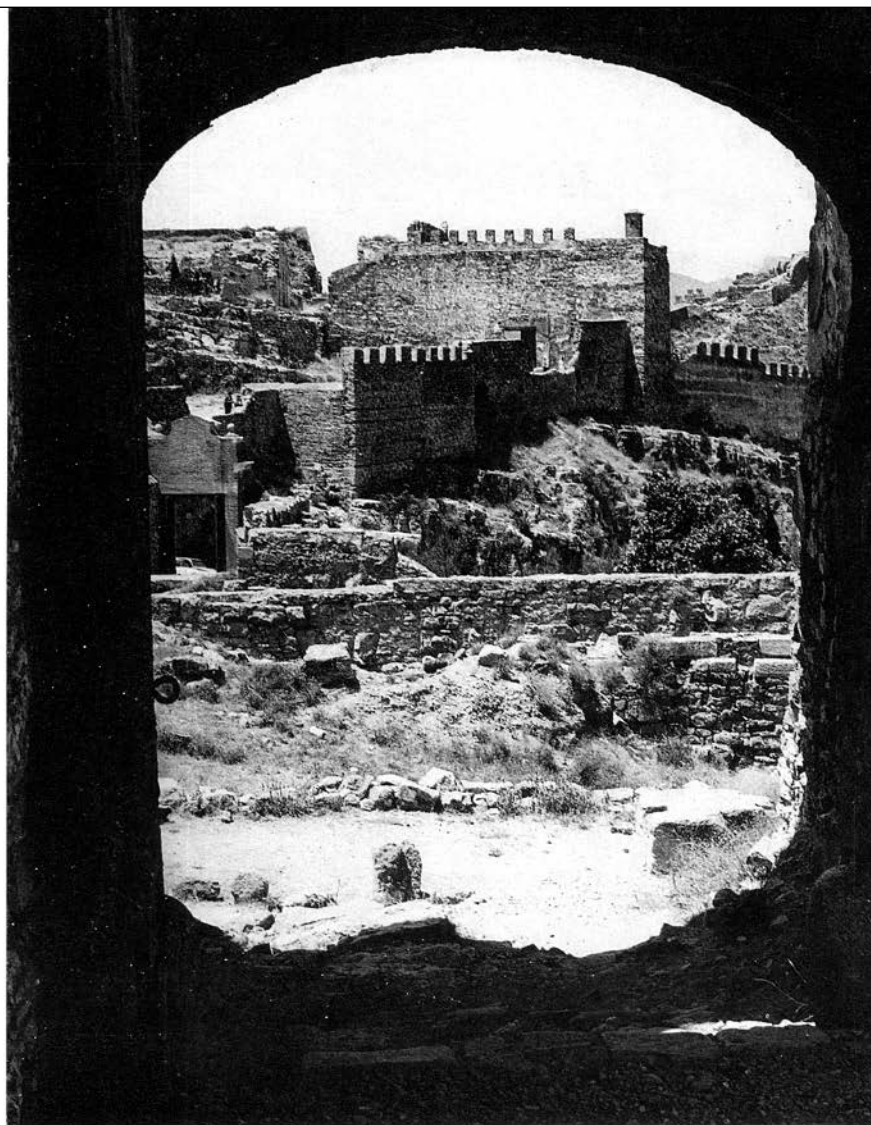




de Armas. Y es necesario volver a esta última y recorrerla en toda su extensión, de oriente a occidente, para llegar a una gran puerta que nos permite entrar a la Plaza de San Fernando, área que tomó el nombre de su vecina más occidental por haber formado parte de la misma durante mucho tiempo. El hueco de la amplísima puerta mencionada, y que sirve de entrada a la plaza de San Fernando, está practicado en el centro de un elevado muro de dimensiones colosales que cierra por completo la actual plaza de Armas por el lado oeste. Un pequeño rótulo, milagrosamente conservado, nos recuerda la última denominación del lugar: "Ba-



▲
En la puerta de Almenara, acceso a la plaza del mismo nombre, se conjugan diferentes épocas y estilos. Arriba, ladrillos y aberturas de construcción medieval, y abajo, los restos pétreos de una cornisa de la plena romanización.
◀



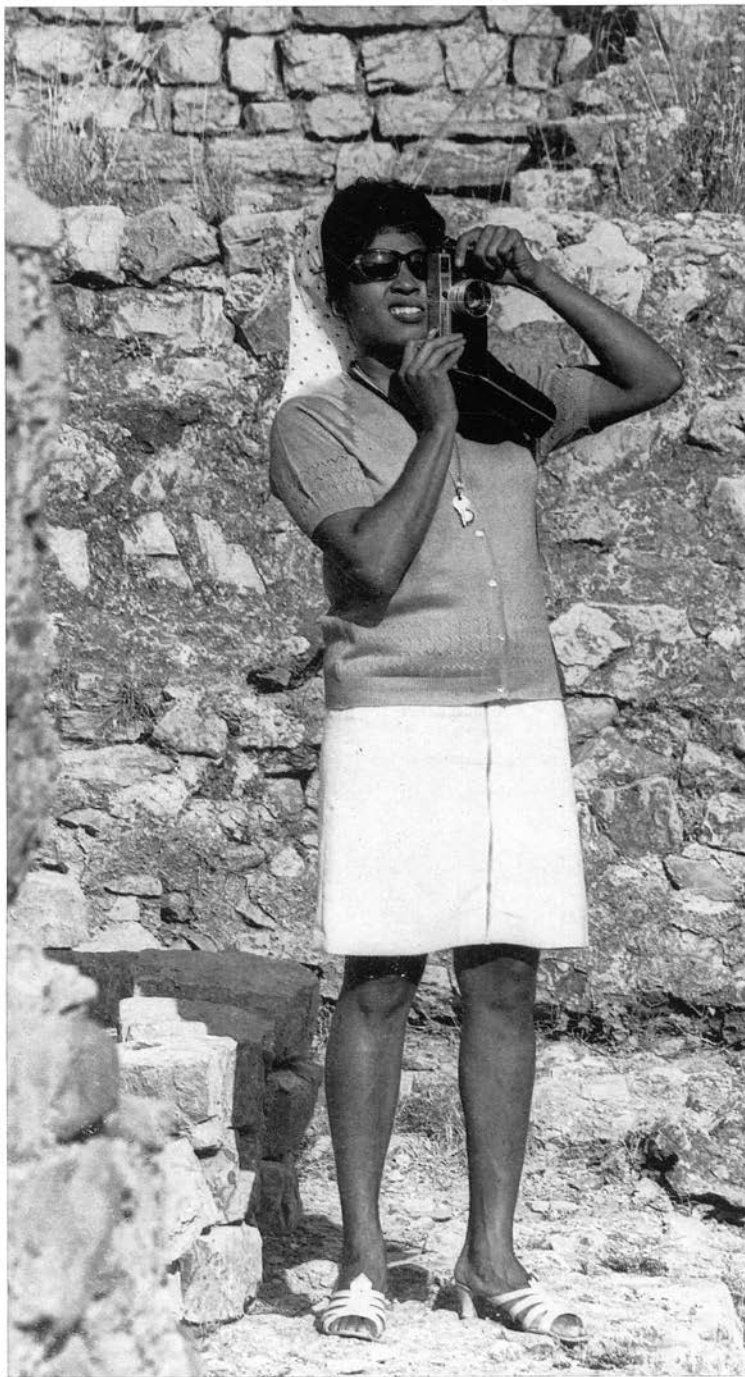
Desde el umbral de la puerta de Almenara se divisa la entrada al castillo, la "Batería de la Reina Gobernadora" y muros exteriores de la plaza de Estudiantes.

tería de la Reina Gobernadora". En la construcción de este robusto muro, de época relativamente reciente, así como en la continuación del mismo hacia el sudoeste, fueron aprovechados materiales de las más diversas épocas, pudiéndose apreciar un gran lienzo del mismo, en la parte recayente a la plaza de San Fernando, en el que predominan grandes bloques de piedra de patente factura romana. La amplitud del muro permite la ubicación en su parte superior de un espacioso adarve que termina en una torre cuadrada, cuyas dimensiones y características la hacen consubstancial al paisaje ciudadano de Sagunto.

La plaza de San Fernando está di-

vidida en dos sectores alargados y separados por un muro bajo, interrumpido en su largo trazado por una puerta que comunica ambos recintos. El interior, tanto en tamaño como en nivel, fue bautizado el pasado siglo con el nombre de Plaza de Estudiantes, por radicar en él la escuela de la tropa de guarnición en el castillo. En la parte más baja de esta plaza y en el muro exterior que mira a la población, todavía se ve el trazado de la puerta principal del castillo durante la época foral, un regular hueco rematado por un airoso arco de medio punto. Tanto la plaza de San Fernando como la de Estudiantes guardan interesantes restos arqueológicos,

El moderno peristilo del Museo del Castillo, ya desaparecido, sirve hoy para mitigar un tanto la fatiga que produce la subida al conjunto monumental.





dados a conocer en diversas excavaciones llevadas a cabo en el presente siglo, entre los que destacan construcciones ibéricas y romanas, así como grandes cisternas existentes en la parte occidental, algunas de las cuales dieron abundante material cerámico útil para el conocimiento de diversos aspectos de la vida saguntina con una perspectiva de casi dos mil años.

Por la plaza de San Fernando se asciende al punto más elevado del castillo. Es la Ciudadela, plaza que antiguamente era mucho más extensa, pues abarcaba buena parte de las dos últimamente descritas, formando los tres conjuntos la llamada Plaza de San Pedro. El nombre de "ciudadela" suena a moderno, y así es, en efecto, pues esta plaza se denominó con anterioridad y durante muchísimo tiempo *Plaça* o *Castell d'Hércules*, a causa de una antiquísima torre que se alzaba en su parte más alta, que es la occidental. Todavía quedan allí restos de cimentaciones de la llamada Torre de Hércules, derribada por los franceses en 1811

en plena guerra de la Independencia, torre que, según tradiciones transmitidas y tal vez inventadas por escritores regnicolas, había sido construida por el héroe griego en memoria de su amigo Zakyntos, el mismo que según la leyenda fundara Sagunto...

Tras la plaza de la Ciudadela viene la del *Espoló*, por la alusión a la forma de espolón de nave con que remata el muro más occidental del castillo saguntino. Es ésta la plaza final de la fortaleza, llamada durante el pasado siglo, lleno de fervores patrióticos, Plaza del Dos de Mayo, en recuerdo de la gloriosa defensa que hicieron los saguntinos contra las tropas del mariscal Suchet. Al parecer, otro hecho histórico más antiguo, de los primeros tiempos de la Reconquista, hizo que esta plaza tomase con anterioridad el nombre de *Barrani* o *Barrania*, por una torre exterior así llamada que fue incorporada al área del castillo por don Pedro de Portugal. Las construcciones más notables de esta plaza se hallan a ambos extremos de la misma y consisten en una

▲
Gentes de todas las razas y de todas las latitudes visitan el castillo saguntino y, más tarde, se convierten en prisioneros del ilustre recinto.



gran cisterna de origen romano, aunque con posteriores reconstrucciones, y unos modernos compartimentos abovedados en el enclave final del castillo.

BIOGRAFICA HISTORICA DEL CASTILLO

Decíamos al comienzo de este artículo que todo aquel que pretenda hablar de Sagunto, sea cual sea la época a que se refiera, ha de tener pre-

sente el papel desempeñado por el castillo en la historia de la población y de sus hombres. Nada más evidente, pues Sagunto vivió siempre amparado en su castillo. Y si durante más de dos milenios subsistió hasta llegar a ser el gran municipio de la actualidad, fue gracias a las poderosas defensas de su casi inexpugnable fortaleza que, en los momentos de mayor peligro y desventura para la población, sirvieron para detener o paliar, al menos, los torrentes devastadores de guerras abiertas, contien-



la ciudad ibérica con su característico trazado escalonado; la que ha dado abundantes muestras de cerámica pintada; la que se defendiera heroicamente contra las fuerzas de Hanibal tras un prolongado sitio y escribiera páginas de gloria para la Historia; la misma que batiera monedas antes y después de su destrucción en un colosal esfuerzo por mostrar al mundo su afán de pervivencia; la que historiadores, literatos y poetas de todos los tiempos cantaron con las más encendidas frases por su valor, entereza, lealtad y sacrificio.

Y *Arse* —lo dan a entender ya las monedas— pasa a ser *Saguntum*, aunque la ciudad renace esta vez en la vertiente norte del monte. Pero no nace sola. Tiene una guarda de excepción en las murallas y contrafuertes que han ido acumulándose durante dos siglos, y bajo la tutela de Roma, en la parte alta de la colina. Es ahora cuando alcanza su mayor esplendor. Y si en el



das civiles y algaradas de diversa intensidad.

Pero es que, además, la vida saguntina se reflejó constantemente en el vivir y persistir de las vigilantes murallas de la poderosa fortaleza. Y lo que es más, Sagunto fue y existió en principio, y pervivió luego, gracias a la privilegiada posición de esa "roca fortificada en lo alto" o *Arse*, nombre más antiguo de la elevada ciudad, entre los conocidos. Porque allí en lo alto estuvo —y el lugar no puede ser más apropiado—

valle surgen villas y edificios diversos, si acaba por haber un circo y puentes sobre el río, es porque antes y contemporáneamente a esto, en lo más alto, hubo palacios y templos y hasta un espacioso *forum* costado por el patricio Cneo Baebio; y porque sus moradores supieron construir robustos muros de defensa y la larga teoría de aljibes y cisternas esparcidos por todo el ámbito del castillo, percatados de la necesidad de todo ello en prevención de largos asedios. Es por ahora también

Ayer y hoy. Casi dos mil años de diferencia separan la generación que construyó el templo de la que hoy lo visita o de los niños que juegan sobre las piedras sillares.

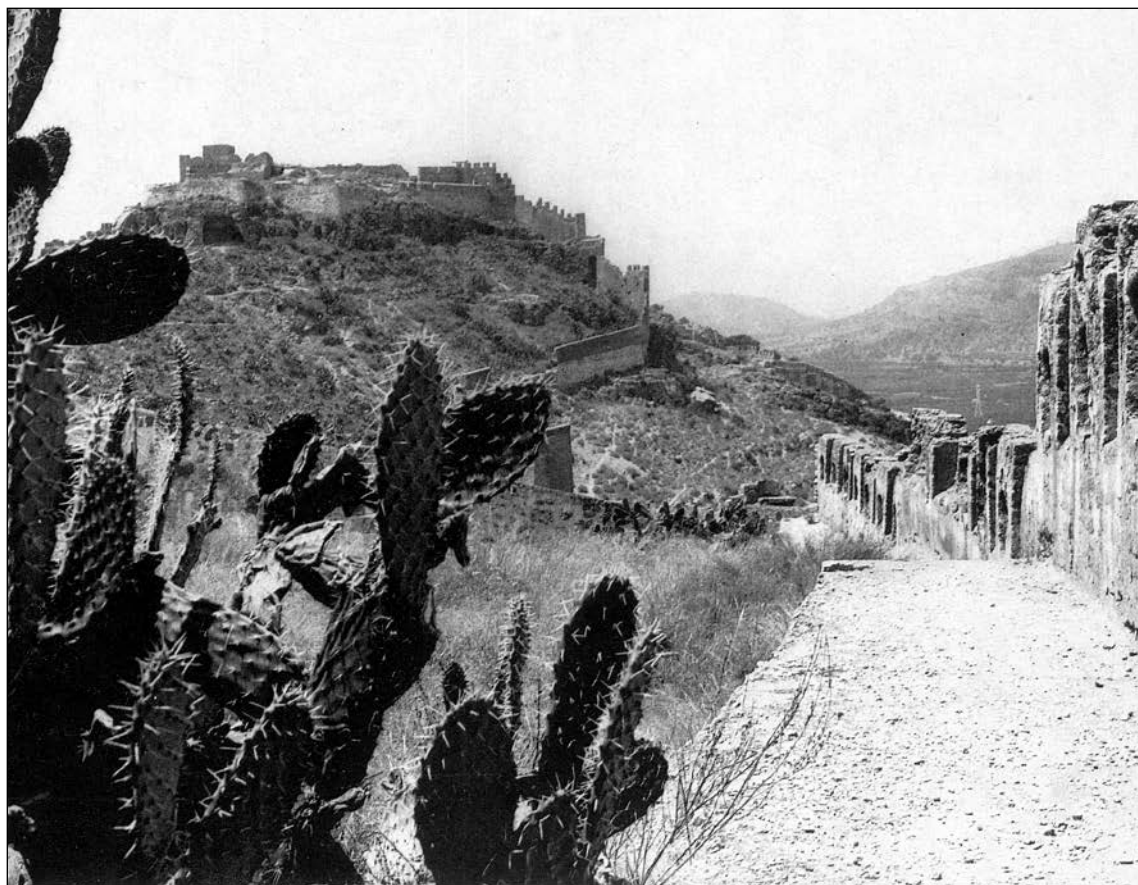
En primer término, lugar denominado "el eco" y, al fondo, la plaza de Armas.



cuando surge un grandioso monumento que hoy, a casi dos mil años de distancia, sigue admirando a las gentes: el teatro romano. Y el poderoso castillo, la vieja "roca fortificada en lo alto", sirve una vez más de protección, esta vez al grandioso edificio al mismo tiempo que le ofrece la especial resonancia del valle que lo circunda por singular privilegio de la Naturaleza.

Al paso que la autoridad del Imperio de Occidente se desvanece, cuando nuevos pueblos y nuevas estructuras políticas van enseñoreándose de Europa, se perfila un momentáneo resurgir para la fortaleza saguntina. Una ciudad, *Valentia*, ha nacido no muy lejos del viejo *Saguntum* y ha terminado por arrebatar a ésta la supremacía política de la región. Pero el valor estratégico y la utilidad del castillo de Sagunto se hacen patentes, una vez más, en plena época visigótica con la ocupación de la costa valenciana por los bizantinos. Gracias a su bien defendida fortaleza, Sagunto se salva de una nueva invasión y reyes visigodos pueden seguir llamándose señores de esta zona mediterránea y seguir batiendo monedas con la real efi-





Nopales, vetustas almenas y caminos de ronda en un rincón de la plaza de San Fernando, con la Ciudadela a lo lejos.

gie, moneda que es acuñada precisamente en la fortaleza saguntina, único refugio seguro en la región para los metales preciosos de uso numismático.

El cambio total que supone para la Península Ibérica la llegada de las huestes de Tarik y Muza, hemos de verlo más acentuado en *Saguntum*. Aquel nombre tan evocador, aún en escritores próximos a este siglo VIII, desaparece en los documentos coetáneos. Al parecer, viene gestándose uno nuevo, un nombre que alude directamente a las murallas de su vieja fortaleza: *Murus vetus*, con sus naturales variantes en la declinación. Tal vez por eso los árabes, al tomarlo del bajo latín *Muru veteru*, empiezan a escribirlo *Murbeter* o *Murbiter* y le aplican las grafías más diferentes que se les pueden ocurrir. Y empieza un nuevo resurgir del castillo saguntino, ahora convertido en *al kasr*. La población cuenta poco en los primeros momentos de la larga ocupación de más de quinientos años. Es arriba, en el alházar, donde se dirimen la mayor parte de los negocios políticos, hasta que el tiempo y una paz muy

relativa permiten el florecimiento ciudadano posterior. Es arriba, precisamente en el castillo, donde se han obtenido la mayor parte de los restos materiales de la etapa musulmana de Sagunto. Y allí también se conservan las escasas murallas de este período que milagrosamente quedan en pie. Porque los baños, los alfares y otras muchas cosas esparcidas por el llano se perdieron entre los constantes cambios de una población sujeta a múltiples fluctuaciones.

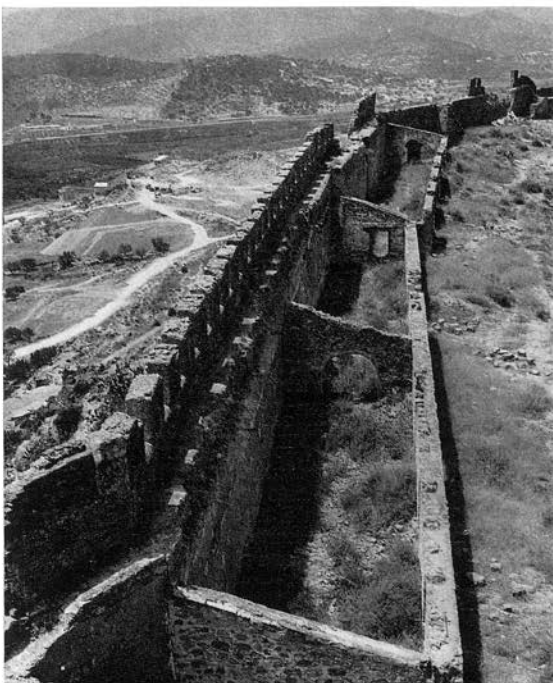
Hay, sin embargo, un breve intermedio cristiano entre el chocar de las primeras espadas y el dulce recitar de las últimas *kassidas* ante las recortadas almenas del majestuoso alházar. Es la época de Rodrigo Díaz de Vivar, en las postrimerías del siglo XI. El castillo de *Murvedro* o *Murvi(e)dro* —ya iba tomando carta de naturaleza el nombre romaneado para aragoneses y castellanos— juega un papel tan importante en las conquistas cidianas que las crónicas y el romancero lo acogen con toda la importancia real y legendaria que tenía. La potente y estratégica for-

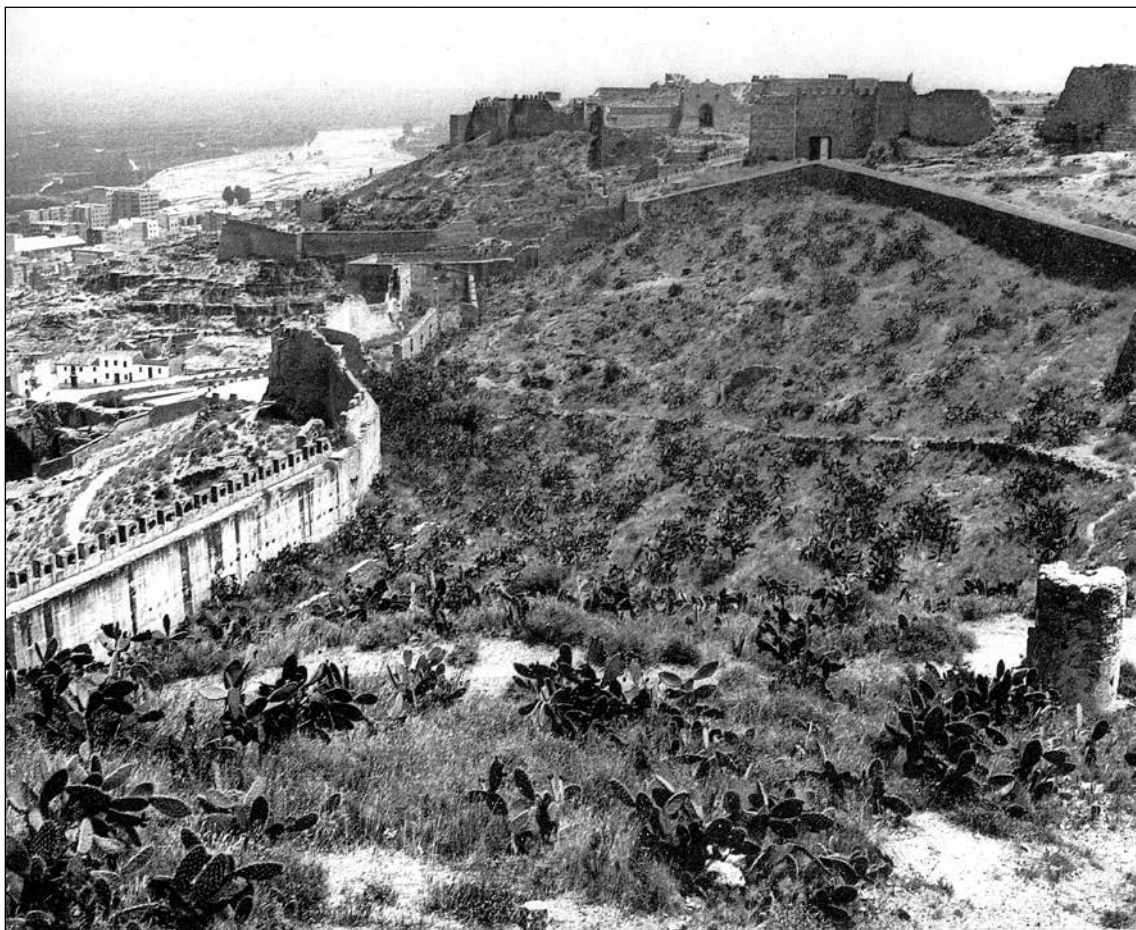
◀ Puerta de entrada a la plaza de San Fernando, con sus robustos murellones.



taleza saguntina comienza por estos tiempos a ser apetecida, al par que por los castellanos, por aragoneses y catalanes que la denominan *Murvedre*, siguiendo la fonética de los naturales de la histórica población.

Si el poder musulmán termina, no por eso dejan de sonar nombres arábigos en la toponimia de la región y aún en el habla de las gentes. El castillo saguntino recoge algunos, y allí quedan *Saluquia*, *al bacar* y *barrani* como muestras elocuentes de un pasado que se resiste a desaparecer. Así se llega al siglo XIII, en cuyos primeros años se ha ido gestando la idea de la conquista del reino moro de Valencia. Son muchos los castillos que caen en manos de aragoneses y catalanes, que luchan en torno a la figura de Jaime I en un esfuerzo común. Pero el *castell de Morvedre* era plaza de difícil rendición, al decir de las crónicas contemporáneas, y no caería en poder del Conquistador hasta después de haber sido tomada Valencia. Assalit de Gudal es el primer al-





Perspectiva de la plaza de Estudiantes con el muro que la separa de la plaza de San Fernando, y, al fondo, el pueblo y el río Palancia, unidos al castillo por eternos lazos de lugar y tiempo.

caide cristiano de la fortaleza, cargo oficial que perdurará con la misma denominación hasta el siglo XVIII.

A partir de ahora, el castillo saguntino y la población que a sus pies se extiende como una prolongación amurallada del mismo han de seguir en todo las fluctuaciones político-administrativas del nuevo Reino de Valencia. Unas veces será el poder personal del rey y otras el de la *ciutat* cabeza del Reino quienes marquen la pauta en los diversos acontecimientos venideros. Pero el *poble morvedri* en sus diferentes estamentos, el pueblo que vive amparado por los bizarros muros de su castillo, no ignora en ninguna ocasión sus privilegios, sobre todo el muy efectivo que supone poseer tales defensas. Cuando llega la ocasión lo demuestra y es así como el viejo castillo llena muchas páginas de la historia regnicola durante varios siglos, historia constatada en abundantísima documentación.

En tiempos de Jaime I el castillo saguntino es donado al infante Pedro

de Portugal y permanece bajo su dominio entre 1244 y 1250. Poco después se hacía otra donación, más política que efectiva, al castellán de Amposta. Y en tiempos de Alfonso IV es donado, junto a las rentas de la villa, al infante Fernando, hijo del rey y de Leonor de Castilla.

El reinado de Pedro el Ceremonioso supone para el castillo de *Morvedre* —el nombre ya es definitivo y patente en los documentos de la propia *Universitat*— una de las épocas de mayor actividad en su historia medieval. Superados los pleitos con su madrastra por la gobernación y posesión de la plaza, vienen los problemas de la Unión. Y, tras éstos, los de la "guerra de los dos Pedros". El propio Ceremonioso nos cuenta en su *Crónica* las órdenes terminantes dadas en 1348 para reparar los muros del castillo, de la misma manera que cuenta los incidentes del célebre *avalot de Morvedre* y la firma de la "unión" en esta villa. Reparaciones y refuerzos que se repiten en 1363 en

Antiguos acuartelamientos junto a las murallas del recinto exterior de la plaza de San Fernando.



plena guerra con Pedro el Cruel, en el período intermedio de las dos ocupaciones del castillo de Morvedre por el mencionado rey castellano. Y, más tarde, en 1368 y 1369, tras haber arrojado de la plaza al de Castilla, el cual dispuso de la formidable fortaleza como centro de operaciones durante casi dos años, motivo que sirvió de pretexto para que la villa fuese declarada *carrer de València*.

Los tiempos de zozobra que sobrevienen tras la muerte de Martín el Humano, colocan de nuevo en primer término al castillo de Sagunto. Ahora son los jurados de la propia villa quienes disponen las reparaciones y refuerzos necesarios a partir de 1410. Son los tiempos de las contiendas entre las poderosas familias valencianas de Centelles y Vilaraguts y de la *batalla del Cudolar* en las proximidades de Morvedre,

batalla en la que resultaron vencedores los partidarios de Fernando de Antequera. Incluso más tarde, en los tiempos más pacíficos de Juan II, vuelve a ser artillado y reforzado el castillo saguntino por creerse oportunas tales obras para la perfecta conservación del conjunto.

La guerra de *les Germanies* pone una vez más de actualidad —de triste actualidad— al castillo saguntino, aunque esta vez con las crueldades que llevan consigo las luchas fratricidas. Como muestra podemos anotar la muerte de la flor y nata de la nobleza saguntina en 1521, al ser asaltado el castillo por los agermanados de Valencia y Morvedre. Puede añadirse, sin embargo, que lo que se perdió en vidas se ganó en bastiones, puesto que las obras realizadas por los agermanados en el castillo fueron eficaces. Lo

De este pozo, así como de los innumerables aljibes y cisternas esparcidos por el castillo, se sirvieron generaciones y generaciones de saguntinos.

mismo que las llevadas a cabo por las tropas realistas tras la entrega del castillo.

En 1534 un nuevo peligro activaría las fortificaciones del *castell morvedri*. Los corsarios argelinos, mandados por el terrible Barbarroja, eran señores de las costas mediterráneas y sabido es cuánto duraron estos tiempos de zozobra para los pueblos costeros. Entre 1563 y 1569 se realizaron, obedeciendo órdenes de Felipe II, extensas obras de fortificación en la villa y en el castillo, con la intervención personal de Antonelli, uno de los ingenieros del rey. En 1596 se emprendía de nuevo en la fortaleza "obras reales", así llamadas por pertenecer el castillo a la corona, ante el recrudecimiento de las correrías piráticas por el Mediterráneo. Obras que se verían repetidas en 1620 bajo la égida de Felipe III.

Testimonios de crédito, contemporáneos de la llamada guerra de Sucesión, dan por arruinado el castillo de Sagunto en 1706, o al menos en condiciones poco favorables para resistir las embestidas de los ejércitos nacionales y extranjeros que dirimían en suelo hispano una contienda de cariz europeo. De todo hubo en la infeliz Morvedre y en su castillo. Hasta el clero de la villa tuvo que aportar su no escaso numerario para reparar los muros de la añosa fortaleza. Partidarios los saguntinos de la causa borbónica, la fuerza de las circunstancias hizo que aceptaran de grado o por fuerza a uno y otro bando en liza —la posición del castillo lo convertía en inevitable blanco— hasta que, tras la batalla de Almansa, se consolidó el poder de los Borbones en España.

A cambio de su lealtad a Felipe V, lo único que obtuvieron los saguntinos fue la concesión del título de "Muy Leal" para la villa. Incluso la restitución del nombre histórico y lleno de evocaciones de Sagunto, les fue negado. A partir de ahora y gracias a las leyes unificadoras del país, sería Murviedro la única y oficial denominación. Aunque el pueblo, que no sabe de oficialidades ni de oficialidades, siguió llamándole Morvedre.

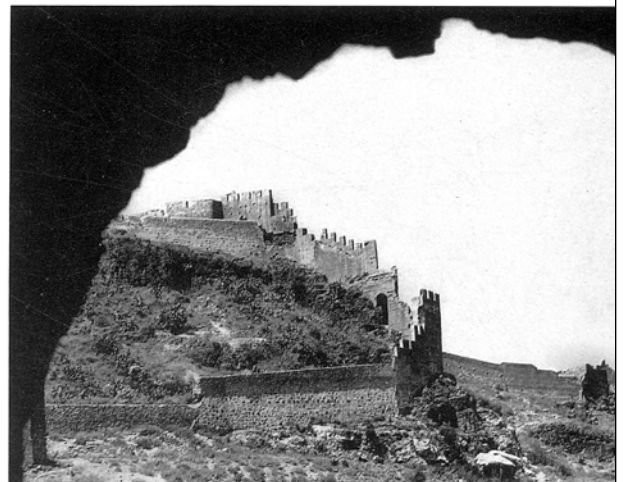
Estas fechas señalan también el fin de la importancia militar del castillo. Nuevas tácticas, un armamento cada vez más efectivo y, sobre todo, la pacificación posterior, hicieron que se considerase desprovista de importancia militar la fortaleza. En 1718, el último al caíde del castillo, Félix Jou o Anjou (apellido que no tenía nada que ver con el nuevo monarca), renunciaba a su cargo. En adelante, el brazo militar se desentendía del sostenimiento y defensa del castillo, obligaciones que pasaban a recaer sobre la propia villa.



Tal fue la causa de hallarse no sólo desartillado el castillo al advenimiento de la guerra de la Independencia, sino en total abandono, desguarnecido y con la mayor parte de sus muros en ruinas, como acreditan documentos y grabados coetáneos. El mariscal francés Suchet proyectó fortificarlo en 1810 al ver el estado en que se hallaba la fortaleza. Pero los franceses no pudieron realizar este sueño, que cupo a los aliados a instancias del general inglés Doile, encargándose de ello el general Alejandro Bassecourt en 1811. De nuevo Sagunto y su castillo iban a escribir páginas de gloria para la historia patria ante la invasión del Reino de Valencia por las fuerzas del mariscal Suchet. No bastaba que un héroe saguntino, José Romeu, anduviese por esos mundos de Dios luchando al frente de bravísimas guerrillas. El castillo saguntino, con sus obras inconclusas, con gran parte de sus murallas arruinadas por completo, iba a asombrar de nuevo a propios y extraños.

Muros que se desmoronan en un perenne combate contra el tiempo.

Parte final del castillo, con los muros almenados que bajaban hacia la población para circuir la en todo su perímetro.





Desde la Ciudadela, y a través de sus arruinados muros, se contempla la actual ciudad de Sagunto y sus tierras colindantes.

Un pasadizo conduce al último recinto del castillo: la "Plaça de l'Espoló" o del Dos de Mayo.

Muros romanos de la Ciudadela junto a lienzos amurallados de la época foral. Abajo, el pueblo y parte de su extenso término poblado de naranjos.



Un bravo y pundonoroso general, Luis María Andriani, y menos de tres mil hombres fueron los actores de la heroica defensa durante los meses de septiembre y octubre de 1811. Ni las constantes arengas del propio mariscal francés a sus soldados, ni las terminantes órdenes de ataque y asalto durante el sitio, pudieron con la bizarría y valor de los defensores. Su patriotismo y el sólo nombre de Sagunto sirvió para sostenerlos en una defensa que, más tarde, fue declarada gloriosa por el propio gobierno español. Y aún por el propio Suchet en sus famosas *Memorias*. Ocupado el castillo por las tropas napoleónicas desde este tiempo, no fue desalojado definitivamente hasta mayo

de 1814, siendo tal vez el único hecho que rompió la monotonía de la permanencia de los soldados galos la visita de José Bonaparte, "el rey intruso", en septiembre de 1812. Numerosas obras de mejora y fortalecimiento realizadas por los ingenieros franceses durante su estancia en la plaza dejaron el extenso recinto en una forma aproximada a como hoy lo conocemos.

No sería la guerra de la Independencia, sin embargo, la última etapa de utilización de este castillo. Pocos años después, el general Elío lo habilitaba como prisión para la represión del bandidismo, según se decía. De este modo fue como se hicieron tristemente célebres, en el siglo XIX, los insalubres



calabozos conocidos por "las leoneras", en la plaza de Armas, tanto por la cantidad de presos que llegaron a albergar como por los tormentos que allí recibieron. Durante 1823, época de levantamientos, el castillo saguntino fue, una vez más, escenario de apetencias de uno y otro bando, aunque los acontecimientos de entonces, como los ocurridos tras la muerte de Fernando VII, con la primera guerra carlista y aun con la segunda, no ofrecen demasiado relieve histórico, sino político.

El año 1859, fecha en que fue desartillado el castillo con motivo de la guerra de Africa —la rehabilitación durante la segunda guerra carlista fue una cosa esporádica—, señala la pérdida definitiva de su importancia militar. Un pequeño destacamento se encargó, a partir de entonces, de su custodia. En 1929 fue desalojado definitivamente de fuerzas militares, y aunque durante el

transcurso de la guerra civil española, de 1936 a 1939, fuera habilitado de nuevo y, en parte, con el fin de emplazar en su recinto baterías antiáreas, lo cierto es que su valor como plaza militar hacía ya un siglo que había perdido toda eficacia.

En la actualidad, el castillo de Sagunto no cumple otra misión que la de servir de rico muestrario de épocas pasadas. En 1896 fue declarado monumento nacional (veintiocho años antes Sagunto había recuperado su histórico nombre y en 1875 se le confirió el título de ciudad) junto con el teatro romano. Y aunque su estado de conservación no sea el deseado, sus dimensiones, su situación e importancia histórica y arqueológica hacen de este grandioso monumento uno de los más visitados y conocidos dentro de las rutas histórico-artísticas y turísticas de España.

S. B. V.



